

JUAN 12,9-36

TEXTO

«⁹Así que, sabiendo **la gran muchedumbre de los judíos** que estaba allí, vino no sólo por **Jesús** sino también **para ver a Lázaro, al que había resucitado de los muertos.**

¹⁰Pero **los sumos sacerdotes** decidieron que matarían también a **Lázaro**, ¹¹porque por su causa **muchos judíos** se les iban y **creían en Jesús.**

¹²Al día siguiente, **mucho muchedumbre** venida a la fiesta, al oír que **Jesús** venía a Jerusalén, ¹³tomaron ramas de palmera y fueron a su encuentro y gritaban: “¡Hosanna! **Bendito el que viene en nombre del Señor y el rey de Israel!**”.

¹⁴Pero **Jesús**, encontrando un burro, **se sentó** sobre él, según está escrito: “No tengas miedo, hija de Sión; mira que viene tu rey sentado en un pollino de asna”.

¹⁶**Sus discípulos no comprendieron** esto al principio; pero cuando **Jesús fue glorificado, recordaron** lo que se había escrito sobre él y lo que habían hecho.

¹⁷Así que **la muchedumbre**, que había estado con **él** cuando **llamó a Lázaro** de la tumba y **lo resucitó** de los muertos, **daba testimonio.** ¹⁸Por eso **la muchedumbre** salió a su encuentro, porque se había enterado de **este signo** que había hecho.

¹⁹Así que **los fariseos** se dijeron: “Ved que no podéis hacer nada; mirad, **el mundo se ha ido detrás de él**”.

²⁰Pero había **algunos griegos** entre los que habían subido para la celebración de la fiesta. ²¹Así que éstos se dirigieron a **Felipe**, [que era] de Betsaida de Galilea, y le rogaron diciendo: “Señor, **queremos ver a Jesús**”.

²²Va **Felipe** y se lo dice a **Andrés**; van **Andrés y Felipe** y se lo dicen a **Jesús.**

²³Pero **Jesús** les responde diciendo: “**Ha llegado la hora** de que **el Hijo del hombre sea glorificado.** ²⁴**En verdad, en verdad os digo**, si el grano de trigo no cae en tierra y muere, se queda él solo; pero si muere, lleva mucho fruto. ²⁵El que ama su vida la perderá y el que odia su vida en este mundo la conservará para la vida eterna. ²⁶Si uno quiere **servirme**, que **me siga**, y donde **yo estoy**, allí estará mi siervo. Si uno me sirve, el Padre lo honrará.

²⁷Ahora está turbada mi vida. ¿Y qué diré? ¡Padre **sálvame de esta hora!** Pero si vine por esto, **para esta hora**, ²⁸Padre **glorifica tu nombre**”.

Así que vino **una voz del cielo**: “**Lo glorifiqué y lo glorificaré** de nuevo”.

²⁹Así que **la muchedumbre** presente, al oírla, decía que había sido un trueno.

Otros decían: “Le ha hablado un ángel”.

³⁰Respondió **Jesús** y dijo: “Esta voz ha venido por vosotros, no por mí. ³¹Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera; ³²y **yo**, cuando **sea levantado** de la tierra, **atraeré a todos hacia mí**”.

³³(Pero decía esto para mostrar de qué muerte iba a morir).

³⁴Así que le respondió **la muchedumbre**: “Nosotros hemos oído de la Ley que **el Cristo permanece para siempre.** ¿Cómo dices **tú** que **el Hijo del hombre tiene que ser levantado?** ¿Quién es este **Hijo del hombre?**”.

³⁵Así que les dijo **Jesús**: “**La luz** está con vosotros un poco más de tiempo. Caminad mientras tenéis **la luz** para que no os sorprenda **la tiniebla.** El que camina en **la tiniebla** no sabe dónde va. ³⁶Mientras tengáis **la luz, creed en la luz** para que lleguéis a ser **hijos de la luz**”.

Jesús dijo estas cosas y, yéndose, **se ocultó** de ellos».

COMENTARIO

- **Jesús entra en Jerusalén (vv. 9-19):** El relato de la entrada de Jesús en Jerusalén está enmarcado entre dos pasajes que se centran en Lázaro y en el acercamiento del pueblo hacia Jesús (vv. 9-11; 17-19). El primero nos informa de la decisión de matar tanto a Jesús como a Lázaro. Una «gran muchedumbre de judíos» van a Betania (v. 9a) no sólo para ver al hacedor de milagros, sino para ver también a Lázaro resucitado (v. 9b). Los jefes de los sacerdotes se ven enfrentados con otra complicación posterior, por lo que deciden deshacerse también de Lázaro, testimonio viviente de que Jesús es un hacedor de milagros. El narrador nos dice que planearon «dar muerte también a Lázaro» (v. 10). La decisión de matar a Jesús está en vigor (cf. 11,57), por lo que han de añadir a sus planes la muerte de Lázaro. La razón de esta determinación de los sacerdotes reside en que a causa de Lázaro «muchos de los judíos se les iban y creían en Jesús» (12,11).

Al día siguiente, la muchedumbre reunida para la fiesta se entera de que Jesús estaba llegando a la ciudad (v. 12). Se trata de la gente que se describió en 11,55-56 realizando sus ritos y preguntándose si Jesús vendría a la ciudad para la Pascua. A partir de este trasfondo superficial de rituales y cotorreo, la muchedumbre sale al encuentro de Jesús, armada con ramas de palmera y cantando su alabanza con una adaptación del Sal 118,25-26. El pueblo, en masa, da la bienvenida a su esperado mesías político. Al igual que la muchedumbre que estaba junto al lago en 6,14-15, desean hacer a Jesús su rey. Jesús huyó de esta aclamación junto al lago, pero ahora entra en la ciudad montado sobre un asno (v. 14). Jesús hace frente a sus aclamaciones y las corrige a la luz de la profecía de Zacarías (v. 15; cf. Zac 9,9). La cercanía de la muerte lleva a Jesús a mostrar que él es un rey (v. 15b: «mira que viene tu rey»), pero un rey que entra en la ciudad sentado (cf. v. 14a) -no «cabalgando» o «montado»- sobre un asno en lugar de en un carro de guerra (v. 15c). Es un rey, pero no al que la muchedumbre da la bienvenida con palmas y su aclamación real.

La interpretación es asegurada por el narrador, al contar al lector que los discípulos no entendieron «al principio» este gesto. El narrador introduce otra anticipación, al sacar al lector de los acontecimientos narrados para conducirlo a un tiempo futuro en el que los discípulos llegarían a una comprensión más plena de la entrada de Jesús en Jerusalén. Como espectadores, los discípulos no podían entender lo que estaba sucediendo en torno a ellos (v. 16a). Pero posteriormente llegaron a reconocer que las palabras de Zacarías se aplicaban a Jesús y que estas cosas habían «sido hechas a él» (v. 16c). Llegaron a comprender correctamente estos acontecimientos, así como el modo en que la profecía de Zacarías se cumplía en ellos, tras la glorificación de Jesús (v. 16b). Jesús no era el rey de Israel esperado por la muchedumbre, sino el Mesías prometido por Zacarías. Esta profecía se cumplirá en algún momento del futuro, cuando se le hará algo a Jesús (v. 16).

- El narrador introduce la segunda parte del marco narrativo recordando a «los judíos» que habían acompañado en el duelo a Marta y María (11,19.31), habían ido a la tumba de Lázaro y habían sido testigos de su resurrección (11,42-44), y creyeron en Jesús como hacedor de milagros (11,45). Este grupo daba testimonio del hecho del milagro. El imperfecto del verbo indica que formaba parte habitual de sus conversaciones sobre Jesús. La historia de la resurrección de Lázaro era el motivo por el que la gente fue al encuentro de Jesús. La muchedumbre involucrada en los vv. 9-19 se siente atraída por Jesús como hacedor de milagros. En el v. 9, fueron a ver a Lázaro y a Jesús; en el v. 17, se les describe como aquellos que habían presenciado el milagro, y en los vv. 12 y 18 le dan la bienvenida a Jerusalén porque «oyeron que había hecho este signo» (v. 18). La regia bienvenida que han dado a Jesús (vv. 12-13) es una afirmación pública de la esperanza que tienen en que responderá a sus expectativas mesiánicas. Sin embargo, los fariseos están preocupados (v. 19). Todos los planes y las

amenazas que habían tramado para eliminar a Jesús no obtienen ningún resultado (v. 19b: «Comprobad que no podéis hacer nada»). Los fariseos se quejan: «Todo el mundo se ha ido tras él» (v. 19c). Las palabras de Jesús (10,15-16), Caifás (11,50) y el narrador (11,52), están cumpliéndose, pero un elemento esencial de esta reunificación reside en que el Buen Pastor entregará su vida (10,15), en que un hombre tendría que morir (11,50-52). Si «el mundo» es atraído hacia Jesús (12,19), entonces la hora de su muerte violenta (7,30; 8,20) debe ser inminente.

.- **La hora ha llegado (vv. 20-36)**: Las palabras y acciones que anuncian la llegada de la hora de Jesús y explican algunas de sus consecuencias (vv. 23-36), son introducidas por la llegada de unos griegos (vv. 20-22). Entre la gente que subía a Jerusalén para la Pascua había «algunos griegos» (v. 20). Su presencia en Jerusalén para la fiesta los identifica como griegos de nacimiento, «temerosos de Dios» que admiraban y vivían el judaísmo lo mejor que podían, aún con sus limitaciones. El deseo que tienen de ver a Jesús (vv. 21-22) indica que son ciertas las palabras de los fariseos: «Todo el mundo se ha ido tras él» (v. 19). Al ser griegos, se acercan a un discípulo con nombre griego, Felipe, que era oriundo de Betsaida, una ciudad cercana a la Decápolis gentil. En su petición de «ver a Jesús» (v. 22b) hay más que mera curiosidad. Aunque el verbo se utiliza a menudo en el cuarto evangelio para la experiencia ordinaria de «ver», los verbos referidos a la acción de «ver» se encuentran a menudo en contextos relacionados con la afirmación, aceptación o rechazo del rol de Jesús como el revelador (cf. 1,18.33.34.39.50.51; 3,3.11.32.36; 4,45; 5,37; 6,2.36.46; 8,38.57; 9,37; 11,32.40). Los griegos buscan esta visión. Su origen gentil se pone de relieve mediante la aproximación de Felipe a otro discípulo con nombre griego, Andrés, que era también oriundo de la misma ciudad que él (cf. 1,44; 6,7-8). Los dos hablan con Jesús (v. 22).

.- La llegada y petición de los griegos origina una nueva escena. Este acontecimiento provoca que Jesús anuncie la llegada de «la hora» y explique posteriormente lo que ésta significará para él, para sus seguidores y para «los judíos». Su discurso, interrumpido solamente por las palabras del cielo (v. 28bc) y la muchedumbre (vv. 29.34), se despliega del siguiente modo:

- 1.- (a) Una primera revelación (vv. 23-28a): la hora de la glorificación del Hijo del hombre, explicada por una voz celestial (v. 28b).
(b) La muchedumbre la malinterpreta (v. 29) y Jesús la explica (v. 30).
- 2.- (a) Una segunda revelación (vv. 31-32): el juicio del mundo y el levantamiento de Jesús, explicado por el narrador (v. 33).
(b) La muchedumbre la malinterpreta (v. 34) y Jesús la explica (vv. 35-36a).
- 3.- Jesús se va y se oculta de ellos (v. 36b).

.- **La hora del Hijo del hombre (vv. 22-30)**: El tema de la «reunión», que emerge desde 10,15-16, se desarrolla dramáticamente cuando responde Jesús a la noticia de que los griegos querían verle. ¡La hora ha llegado! Se resuelve la tensión creada por la hora que aún no había llegado (cf. 2,4; 7,6.8.30; 8,20). Ya no puede retrasarse más, pues el mundo viene hacia Jesús (cf. vv. 20-22). La reunión en la hora de Jesús es también la glorificación del Hijo del hombre. La hora ha llegado y *sigue estando presente* (el verbo está en perfecto). El Hijo del hombre ha sido ya asociado con un «levantamiento» (cf. 3,14; 8,28). Jesús está a punto de ser ejecutado, pero *la hora de su muerte es el momento de su levantamiento, exaltación, glorificación y auto-donación para la vida del mundo*, el momento de la reunificación.

.- La elocuente imagen del grano de trigo que queda solo si no cae en la tierra, describe posteriormente la muerte de Jesús, y el tema de la «reunión» constituye su trasfondo (v. 24), pero tiene otras ramificaciones, pues no está totalmente de acuerdo con las presentaciones anteriores que se han hecho de la hora de Jesús. La semilla debe «caer en la tierra» para dar

mucho fruto, pero la muerte de Jesús se ha descrito como un «levantamiento». En un pasaje extremadamente denso, la utilización de la imagen de la «caída» para referirse a la muerte, da pie a Jesús para relacionar a los presentes con su fecunda auto-donación (vv. 25-26). Aquellos que desean la vida eterna deben estar dispuestos, como él, a entregar su vida en auto-donación (v. 25). Pero esta auto-donación no es mera generosidad. Al discípulo de Jesús se le llama a cambiar completamente la actitud de sus adversarios, que eran incapaces de aceptar la revelación del Padre en y a través de Jesús. Fracasan porque se aferran con todas sus fuerzas a lo que es suyo: aman su vida (v. 25a). Convierten en absoluto lo que este mundo puede ofrecer (v. 25b), y, en consecuencia, pierden la vida. El que está dispuesto a dejarla, a odiar esta vida, tiene la vida eterna: una vida totalmente satisfactoria tanto aquí como posteriormente. El discípulo debe estar donde está Jesús. El seguidor es el siervo y debe estar donde está el Amo (v. 26ab). De nuevo, hay mucho más aún en la relación que existe entre Jesús y un discípulo. Jesús señala al Padre y dice a quienes le escuchan que el servicio a él, trascendiendo el carácter absoluto de este mundo, estando donde él está, cayendo en la tierra en un «abandono», amoroso, del absoluto impuesto por «este mundo», será fecundo y conducirá a que el siervo sea honrado por el Padre. Todos los modelos conocidos de las relaciones entre siervos y amos saltan por los aires, pues los seguidores de Jesús serán honrados por su Padre.

- Jesús retorna a su propia situación y afronta el terror que siente al llegarle la hora (v. 27a; cf. Mc 14,34). La utilización de «ahora», «*Ahora* está turbada mi alma», vincula esta angustia con la «hora» del v. 23. La hora de la exaltación es también la hora de su sufrimiento. Jesús pide al Padre que le mantenga a salvo a través de esta hora (v. 27b). Toda su vida ha sido una continua aceptación de la voluntad del Padre, un llevar a la perfección la tarea que el Padre le había mandado hacer (4,34; 5,36). Ahora que la hora ha llegado (v. 23), Jesús no tiene ninguna duda en que su Padre le ayudará en ella. El auténtico objetivo de la presencia reveladora de Jesús ha estado determinado, en todas las ocasiones, por la hora en la que ya se encuentra (v. 27c). En paralelo a su invocación al Padre para que le mantuviera a salvo a través de la hora, Jesús pide que sea glorificado el nombre del Padre (v. 28a). Por muy importante que fuera la historia de Jesús, toda ella depende absolutamente del Padre: el Padre conduce con seguridad a Jesús a lo largo de la hora (v. 27b) y el nombre del Padre ha de ser glorificado (v. 28a). Una voz del cielo interpreta todo cuanto ha acontecido hasta ahora en el relato y todo cuanto sucederá posteriormente. A lo largo de su ministerio, Jesús ha glorificado al Padre con sus palabras y acciones (v. 28c). Los que han creído, han visto la revelación de la gloria (2,11; 9,3; 11,40), pero la hora ha llegado (v. 23), y estas palabras y acontecimientos se encuentran en el pasado. Aún tienen que acontecer muchas otras cosas que completarán la hora y seguirán glorificando el nombre de Dios (v. 28cb).

- La palabra de Jesús (v. 23) y la voz del cielo (v. 28c) son malinterpretadas. La gente se pregunta sobre la naturaleza del ruido que han escuchado. ¿Era un fenómeno natural o un ángel (v. 29)? El misterio de Jesús sólo pueden entenderlo los que están dispuestos a aceptar que viene de Dios (cf. 1,1-15), y que su historia está determinada por sus orígenes y su permanente unión con Dios (cf. 1,18; 3,13; 6,62; 8,23). Pero las explicaciones que la muchedumbre da de los orígenes del sonido la sitúan con aquellos que aman, en lugar de odiar, el encanto de este mundo (cf. v. 25). Jesús les explica que la voz del cielo estaba destinada a ellos, a causa de su fragilidad. Evocando la oración que hizo por quienes estaban en torno a la tumba de Lázaro (11,42), Jesús advierte que él no necesita ninguna confirmación de lo alto, pero que ellos sí necesitan algo que los pudiera llevar a creer en Jesús. La voz se ha producido por ellos, no por Jesús. Tienen que llegar a creer que la única explicación de la hora de la glorificación del Hijo del hombre (v. 23), la caída del grano de trigo en la tierra para dar fruto abundante (v. 24), debe proceder de lo alto (v. 30).

- **El juicio del mundo y el levantamiento de Jesús (vv. 31-36a):** Un segundo momento de revelación comienza cuando Jesús anuncia el juicio del mundo (v. 31). El «ahora» del v. 31 está estrechamente relacionado con la «hora» de la glorificación del Hijo del hombre, que abrió el primer momento de revelación en el v. 23. El tema de Jesús como la revelación de Dios que coloca al mundo en una situación de juicio, ha aparecido en varias ocasiones a lo largo del ministerio de Jesús (cf. 3,19; 5,22.24.27.30; 8,16). La presencia de Jesús trae necesariamente consigo un juicio, y la hora de la glorificación del Hijo del hombre es el momento culminante del juicio para el príncipe de este mundo. En sí mismo, el mundo es neutro, pero puede convertirse en un fin en sí mismo (cf. 7,7; 8,23) y ser esclavo del gobernante de este mundo. La hora del Hijo del hombre marca la expulsión de este gobernante. Lo que está en cuestión aquí es una fuerza singular, un príncipe maligno que encierra «el mundo» en la prisión *de este mundo*, al que intenta controlar y manipular. Pero en el relato joánico se dice mucho más que esto.

A lo largo de la presencia de Jesús entre ellos, «los judíos» han hecho del absoluto de su propia cultura, historia y religión, el principio determinante de su mundo. Nunca han aceptado la revelación que Jesús hacía de otro mundo. Por tanto, el *Príncipe de este mundo* tiene unos representantes concretos. Los únicos *archontes* (“príncipes”) que han aparecido en el relato han sido los dirigentes o gobernantes de «los judíos» (cf. 3,1; 7,26.48). Jesús se dirige a sus destinatarios anunciándoles que la hora de la glorificación del Hijo del hombre es el juicio de este mundo, y que está dándose la vuelta al juicio de los *archontes*. En categorías míticas, la lucha entre la luz y la tiniebla está aconteciendo ahora (cf. vv. 23.27.32), y la tiniebla no vence a la luz (cf. 1,5). Es juzgada y expulsada (v. 31). Esta lucha se desarrolla en la vida de Jesús y también en la historia de la comunidad joánica, pero «los judíos» se resisten a aceptar que la auténtica libertad procede de la aceptación de la revelación de Dios en y a través de Jesús (cf. 1,3-4; 8,31-32). Lo que les convierte en esclavos del *archon* (“Príncipe”) de este mundo, cuyo ascenso está llegando a su fin.

- En contraste con el príncipe derrotado de este mundo, cuando Jesús sea levantado desde la tierra atraerá a todos hacia sí (v. 32). La muerte de Jesús traerá a muchas ovejas a un solo redil (10,15-16). Será una muerte por una nación, pero no sólo por una nación, sino para reunir en uno a los hijos de Dios dispersos por el mundo (11,50-52). Ya eran muchos los judíos que creían en él (12,11), y los fariseos se quejaban de que todo el mundo se iba tras él (12,19). Ha llegado su hora, su muerte fecunda (vv. 23-24). Al ser elevado desde el suelo, que es al mismo tiempo un «levantamiento» físico y un momento de exaltación, él atraerá a todos hacia sí (v. 32). Como en la revelación anterior intervino una voz del cielo para explicar las palabras de Jesús, ahora es el narrador quien interviene para comentar: «Dijo esto para mostrar de qué muerte iba a morir» (v. 33). La hora de Jesús, la glorificación del Hijo del hombre, el levantamiento y la reunificación, están todos relacionados con la crucifixión de Jesús: una muerte mediante un levantamiento sobre un palo, así como Moisés levantó la serpiente en el desierto (3,14).

- «Los judíos» no cambiarán. No están dispuestos a escuchar a Jesús porque «saben» (v. 34a: «hemos oído») que Dios ha hablado a través de Moisés (cf. 9,24.29.31). Por consiguiente, rechazan la revelación de Jesús preguntándole: «¿Cómo puedes decir tú que el Hijo del hombre debe ser levantado? ¿Quién es este Hijo del hombre?» (12,34b). Para ellos, no es posible que ningún Mesías judío sea levantado. Jesús hace un último intento de atraer a «los judíos» a su mundo, pero se trata, más bien, de una advertencia. Evoca sus palabras anteriores cuando se reveló como la luz del mundo (cf. 8,12) para insistir en la singularidad del momento en que se encuentran. Tienen la luz con ellos solamente por un corto periodo de tiempo (v. 35a; cf. 7,33; 9,4; 11,9). Deberían caminar en la luz porque quienes caminan en la tiniebla se pierden (cf. 9,4; 11,10) y no saben a dónde van (v. 35b). Si quieren caminar en la luz, deben

«creer en la luz». Este es el único camino para la vida y la luz (v. 36b). La anterior autorrevelación de Jesús como «la luz del mundo» (8,12) estaba también relacionada con una advertencia: «Ya os dije que moriríais en vuestros pecados, pues moriréis en vuestros pecados si no creéis que Yo soy él» (8,24).

Poco es lo que ha acontecido desde aquel encuentro con ocasión de la celebración de los Tabernáculos que indique un cambio de opinión entre «los judíos». Algunos se han quedado maravillados por su autoridad como hacedor de milagros (cf. 11,21.37.45.47; 12,9-11.12.17). Pero, encerrados como están en su prisión de «este mundo» (cf. 12,15.31) y en «la Ley» (cf. 12,34), hay poca esperanza de que «los judíos» crean en la luz que hay que encontrar en Jesús (cf. 1,4-5; 8,12; 9,5; 11,9-10).

- **Jesús se marcha finalmente (v. 36b)**: Tras decir estas palabras, Jesús se fue y se ocultó de ellos (v. 36b). Esta partida final se caracteriza por el activo y deliberado ocultamiento de Jesús. En otras ocasiones, Jesús ha abandonado la escena para dirigirse a ciertos lugares con determinados compañeros (cf. 3,22-25; 4,43-45; 7,1; 8,59; 10,40-42; 11,54). Al concluir su ministerio desaparece, solo, ocultándose de «los judíos» en un lugar desconocido. Una luz que se oculta no puede ya dirigir los pasos del que camina (cf. v. 35). El relato del ministerio público de Jesús ha llegado a su fin. La próxima vez que aparezca en público será levantado en una cruz (18,1-19,16). «Los judíos» encontrarán a Jesús posteriormente en Getsemaní, al ir en su busca con la ayuda de linternas y antorchas (18,3).